

Homilía fiesta de San Sebastián

20 de enero de 2024.

Mis queridos hermanos y hermanas en el Señor:

Con mucha alegría vengo a celebrar esta fiesta que tanto significado tiene para ustedes. Se trata de la fiesta de este mártir del siglo III, que supo dar testimonio de Jesús sin renunciar a la fe cristiana. Sebastián, el guerrero que murió por Cristo nació hacia el año 256 en Narbona, al sur de lo que es hoy Francia y que en ese tiempo pertenecía al Imperio Romano. Cuando joven, se alistó en las tropas imperiales. Gran éxito tuvo su carrera militar, llegó a tener un alto rango dentro de las milicias del emperador Diocleciano, quién implementara una de las más grandes persecuciones en contra de los cristianos.

Aprovechando su alto cargo, rescató a muchos cristianos y los protegió. Sebastián, mantenía su fe cristiana oculta, hasta que no tardaron en descubrirla, lo que le valió el enojo del emperador quién lo sentencia a muerte de flecha. La historia nos indica que luego de haber recibido aquel castigo, su cuerpo desnudo y traspasado quedó amarrado al tronco que lo sostenía. Sus verdugos no se percataron de que había quedado con vida, mientras sus compañeros cristianos lo desataron dándose cuenta de que aún estaba vivo. Lo condujeron a una curandera que cuidó de él y sanó.

Sebastián siguió predicando a Cristo y buscando el bien de sus hermanos. Con un celo encendido de amor por Jesús, fue a Roma a fustigar al Emperador por su trato cruel de los cristianos lo que provocó su ira enviándolo a azotar hasta la muerte. Así, Sebastián, el guerrero de Dios, muere derramando su sangre por amor a Cristo y a sus hermanos.

¿Qué enseñanzas nos podría dejar la vida de San Sebastián?

Las podríamos sintetizar en dos actitudes: Perseverancia y Fortaleza.

La perseverancia no es sinónimo de obstinación o terquedad. Estas últimas actitudes, tienen que ver más con la frustración mal gestionada o un egocentrismo inseguro. En cambio, la perseverancia es fruto del amor. Probablemente muchos de los matrimonios que hay aquí y que han tenido la gracia de permanecer juntos mucho tiempo, habrán encontrado en la perseverancia una buena consejera.

La perseverancia contiene una cuota de martirio. Para ser perseverantes hay que aprender a morir. Morir a tener el control de todo. Morir a creerse superior a los demás. Morir al individualismo egoísta. Morir a la frivolidad, a la superficialidad y a la vanidad. Morir al doble estándar y a la mediocridad. Al contrario, la perseverancia favorece el aprendizaje compartido, fortalece el corazón en busca de mayor profundidad espiritual. La perseverancia despierta la belleza del alma. La perseverancia refuerza la sed de justicia y paz.

Con todo, la perseverancia no sería posible sin una plena consciencia de la presencia de Dios en nuestra vida, caminando con nosotros, alentando por la acción de su Espíritu la llama encendida de nuestra fe. La perseverancia nos indica de que no estamos solos.

Por otro lado, está la fortaleza. Para ser perseverantes se necesita de fuerza interior. La fortaleza es un fruto del Espíritu y la obtiene quién logra aferrarse a Dios. Es por eso que para el que tiene fortaleza, ni la muerte, ni la vida, ni lo presente, ni lo futuro, nada lo puede apartar del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús nuestro Señor (Cfr. Rom. 8, 38-39).

En la cultura actual, aparece más presente en la vida de las personas la tendencia a la pusilanimidad, es decir, la cobardía al momento de enfrentar los desafíos que reclaman responsabilidad de parte nuestra. Nos caracteriza más la comodidad evitando muy a menudo el dolor y el sufrimiento. Se tiende a maquillar el dolor, a minimizar o ridiculizar el pecado, e incluso disfrazar o atenuar el impacto de la muerte. Naturalmente a nadie le gusta sufrir o pasarlo mal en la vida. Sin embargo, no nos resulta fácil darnos cuenta de los

aprendizajes que nos deja el dolor y el sufrimiento. Siempre el dolor y el sufrimiento serán visitas de Dios, como decía el P. Alberto Hurtado.

Por otro lado, aparece la tendencia a desechar rápidamente aquello que no nos sirve. El problema surge cuando esa lógica se traslada a la vida y a las opciones que se toman. Muy a menudo nos encontramos con personas que se dejan mover más por lo que les produce gusto o disgusto. Se aplica poco discernimiento cuando se trata de construir realidades fundamentales como es la familia, el matrimonio, la vocación y la relación con Dios. El cristiano está llamado a estar permanentemente preguntándose por el sentido de las cosas, a discernir la voluntad de Dios, a reconocer lo que nos ayuda o no. Para ello, se requiere de fortaleza y perseverancia.

Pidámosle a San Sebastián que interceda ante el Señor para que podamos crecer como cristianos perseverantes y firmes en la fe (1 Cor. 16, 13-24). Amén.